desaparecido también. Acaba de morir el último de los tasmanianos ; esquimales, australianos, polinesios, desaparecerán á su vez. La Tierra gira y el progreso transforma el mundo.

*
* *

Hay algunos hombres que prefieren ser descendientes de un Adam perfecto que haberse elevado desde el simio progenitor. Es cuestión de gustos. El mejor elogio que de la humanidad pudiera hacerse, no es tal vez el que se proclama.

ORIGEN DE LA MUJER.

Nos asegura la Biblia que el Padre eterno tuvo un día la peregrina ocurrencia de arrancar una costilla al primer hombre, de aumentar el tamaño de esta costilla y de metamorfosearla en mujer, con no poco asombro de Adam quien al despertar no podía dar crédito á sus ojos: que dicha mujer era hermosa y pura, pero con seguridad menos virtuosa que el hombre, pues que fué ella quien le arrastró al pecado. Después, el Padre eterno, que regresaba de dar un paseíto por sus jardines (Génesis, III, 8) se sentó bajo un árbol y cosió pieles de bestia, dejadas sin duda allí por algún cazador, para fabricar con ellas dos vestidos para uso de nuestros primeros padres.

Somos de parecer de que no se tome al pie de la letra una sola palabra de todo eso, que no es más que un hermoso simbolismo oriental.

Acerca del origen de la mujer, en todas las tradiciones indias y orientales existe la misma leyenda, con la coincidencia de que casi todas emiten la misma desfavorable opinión acerca de la mujer, sin la cual, según dicen, el hombre habría vivido dichoso eternamente en las puras delicias de un paraíso encantador, sin emociones, sin enfermedades y sin concupiscencia.

Pero, ¿ es que los comentadores antifeministas antiguos no han ido un poquito lejos en sus imprecaciones?

He aquí en que términos sa expresa san Cipriano:

« Lejos de nosotros esa peste, ese contagio, esa ruina disimulada! Su forma es la que arrastra al pecado: de su substancia ha tomado origen la necesidad de morir. Toda relación con una mujer es fuente de todos los crímenes; es el cebo envenenado de que el demonio se sirve para pescar nuestras almas. Toda relación con una mujer es una incongruidad. »

San Agustín dice:

« Sería cosa de saber si las mujeres resucitarán el día del juicio en su sexo, porque es muy de temer que aun en la misma presencia de Dios consigan tentarnos. »

Y san Pedro:

« Cuando oigo hablar á una mujer, huyo de ella como de una avispa silbante. »

Moisés la trataba ya de *impura* y condenaba á muerte al hombre que se le acercase en determinados momentos. El cristianismo lleva aun más allá que el judaísmo su anatema contra la mujer, y santo Tomás declara que « siendo un ser accidental é imperfecto no pudo entrar en el plan de la creación primitiva ».

San Gregorio era de la misma opinión.

« Es más difícil encontrar una mujer buena que un cuervo blanco. »

Y Salomón:

« La mujer es más amarga que la muerte. De cada

mil hombres he encontrado uno bueno; de todas las mujeres ninguna. »

Y Eurípides.

« Si el inventor de la mujer es un dios, preciso será que sepa ese dios, sea quien fuere, que él ha sido para el hombre, funesto artífice de un mal supremo. »

Y Cicerón:

« Sin las mujeres, los hombres habrían hablado con los dioses. »

Y Filón:

« La mujer no es más que un macho imperfecto. »

Y Aristóteles:

« La naturaleza sólo produce hembras cuando no consigue hacer hombres. »

Y Montesquieu:

« Las mujeres tienen almas pequeñas. »

Y Moliere:

« El diablo vale más que ellas. »

Tales son los juicios que acerca de la mujer han emitido eminentes escritores sagrados. El mismo Bossuet la invita á humillarse dejándose de vanidades con sólo recordar que después de todo ella no es más que una costilla suplementaria. Y lo apuntado no es más que algunas ligeras reminiscencias, porque sería cosa fácil llenar un grueso tomo en octavo con citas por ese estilo; además hemos tenido la delicadeza de pasar en silencio el concilio famoso en que venerables Padres de la Iglesia

aseguraron que no había más espíritu, más alma en el cerebro de una mujer que en la palma de su mano. Podría objetarse, pero en vano, que no son más que hombres los que así se expresan con respecto á la mujer; porque esa objeción cae por su base si se reflexiona que por mucho que sea lo malo que un hombre puede pensar de las mujeres, no hay una sola de éstas que no piense más aún.

Todo el mundo está de acuerdo en este punto y ambas mitades del género humano se unen para participar de la opinión más arriba expresada por Moliere. En nuestro estudio sobre el origen del hombre hemos visto que la anatomía, fisiología, embriología y paleontología se acuerdan para probar el origen animal de la especie humana. ¿ Resulta ahora indispensable evocar también esas ciencias antropológicas sobre el estado relativo de la mujer bajo el punto de vista del progreso realizado?

El hombre ha perdido por completo la cola de sus antepasados antropoídeos. Pero, durante los dos primeros meses de vida intra-uterina el embrión humano muestra aún un rudimento de cola representado durante toda la vida en la tercera, cuarta y quinta vértebras caudales. Esta cola embrionaria comprende en las mujeres una vértebra más; es decir, que ellas han conservado con mayor fidelidad que nosotros la marca de nuestro común origen simiano.

*
* *

Por otra parte, la embriología nos demuestra que el embrión humano, que está desprovisto de sexo hasta

la novena semana, ofrece en seguida las apariencias del sexo femenino y sólo en el quinto mes los caracteres distintivos del masculino: éste pues representa una etapa más en el desarrollo. Los órganos sexuales son homólogos, y el ser, en su origen, es hermafrodita: la distinción que se opera en el feto humano señala un progreso en la formación definitiva del sexo masculino.

Considerando el cerebro, el órgano característico de la superioridad intelectual, encontramos que su peso medio es de 1400 gramos en los hombres y de 1250 en iguales condiciones para las mujeres. Cierta encantadora señora á quien se dió cuenta de este resultado objetaba que no podía sorprender á nadie semejante cosa por cuanto el cuerpo entero de la mujer es por regla general más débil que el del hombre y pesa menos: desgraciadamente, en tanto que la talla de la mujer está en relación con la del hombre en la proporción de 93 á 100, el peso de su cerebro está en la de 91 á 100; lo cual quiere decir que el cerebro es menos pesado en la mujer y esto en todas las edades de la vida.

Añadamos aún que, teniendo en cuenta los caracteres físicos de su esqueleto, desde el torso hasta el cráneo, la mujer es la intermediaria entre el niño y el adulto masculino.

¿ Tendrán razón Moisés, San Agustín y Moliere? Ese ángel de hermosura y de pureza que en sueños admiramos como el tipo de la mujer salida de las manos de Dios, ¿ será en realidad un feo macaco de valor inferior al del diablo? Leamos lo que los historiadores antiguos dicen acerca de las costumbres de la mujer natural.

Las tribus primitivas vivían en singular estado de promiscuidad. El matrimonio, lejos de ser una institución fundamental y primaria es de fecha relativamente moderna. Cuenta Herodoto de los mesagetas, pueblo de raza tártara, que « aun cuando uno tenga una hembra, es sin embargo permitido gozar de las demás, y cuando un hombre desea una mujer no hace más que colgar su carcax á la puerta de la habitación de la deseada y procede según sus deseos sin que nadie se lo impida. » El mismo lenguaje usa Estrabón añadiendo que nadie hace un misterio de estos actos. En otro paraje de su obra dice Herodoto lo mismo : y Zenobio refiere que los mesagetas de la montaña, besan á medida de su gusto : *coram pópulo.*

Dionisio el Periegeta, Diodoro, Jenofonte y Apolonio de Rodas señalan igual falta de pudor como subsistente entre los mosinecas, montañeses de las costas meridionales del mar Negro, que son considerados como verdaderos salvajes.

El África antigua proporciona ejemplos de pueblos entre los que reinaba el hetairismo ; tales son los nasamones, de los que Herodoto describe las costumbres, por lo que respecta á sus relaciones con las mujeres, como muy parecidas á las de los mesagetas : y lo mismo dice de los anses, habitantes del lago Tritón que disfrutan en común de todas las hembras; infinidad de autores dicen lo mismo de los garamantes, añadiendo Solín que ignoran lo que es el matrimonio y que está permitido á todo el mundo amancebarse á su placer. Pomponio Mela afirma que ningún hombre tiene esposa personal.

Estrabón y Diodoro de Sicilia concuerdan en representar á los trogloditas africanos como participantes de todas las mujeres, excepción hecha de las de los jefes cuyas esposas deben ser respetadas : sin embargo, el castigo en que incurre el que comete violencia sobre estas últimas no es por cierto terrible, pues consiste en la multa de un cordero.

Sexto Empírico señala un pueblo de la India que vive en pleno hetairismo. Estrabón describe bajo el mismo aspecto á los galactófagos de Escitia, y Nicolás de Damasco dice del mismo pueblo : « Allí son comunes los bienes y las mujeres : por eso llaman *padres* á todos los hombres de edad, *hijos* á los jóvenes y *hermanos* á los que tienen el mismo número de años.

*
* *

En el mundo semítico — dice M. Girard de Rialle — encontramos también huellas evidentes de un estado hetaírico primitivo muy extendido. La gran prostitución sagrada que se practicaba desde las orillas del Tigris y del Eufrates á las del mar fenicio, desde las llanuras de la Caldea hasta las montañas de Armenia, hasta los valles del Asia Menor es una prueba de nuestro aserto, que no tiene refutación posible. El hecho mismo de que esa institución que arrojaba á cada mujer por lo menos una vez en su vida en los brazos del primero que llegase, estuviese revestida de un carácter religioso, demuestra sólidamente su origen, por cuanto en los tiempos primitivos y aún más adelante, en pleno desarrollo de las sociedades, costumbres, religión y organización no son más que una misma cosa. El sacrificio que de su cuerpo hacía la mujer de Mesopotamia ó de Palestina á la divinidad del elemento húmedo

y de la tierra, no era sin duda alguna otra cosa que el reconocimiento implícito del antiguo derecho de los varones á gozar de todas las hembras de la tribu ó de la raza.

*
* *

No sería muy difícil que digamos encontrar ejemplos de eso mismo entre los pueblos actuales. Las mujeres del Thibet tienen la costumbre de embadurnarse el rostro con zumo de fresas y de uva : data esta costumbre de tan lejana fecha que un monje enviado por San Luis al Khan de los Tártaros en 1242, la encontró ya establecida. ¿Su origen? Parece ser que en cierta fecha la inmoralidad era allí tan grande, que para reprimir los abusos un rey se vió obligado á dar á sus súbditos orden de embadurnarse de ese modo la cara. En el mismo país puede cualquier ciudadano apropiarse la mujer de su prójimo; pero, según parece, es costumbre entenderse antes con el marido y ofrecerle una pequeña indemnización.

Dícese también que estas antiguas costumbres no han desaparecido completamente de los pueblos modernos más civilizados y más *fin de siglo*.

En Mongolia el marido compra á su mujer por un precio determinado; pero si no se siente satisfecho de su adquisición, devuelve á la familia la mujer, que otro aficionado adquiere á su vez.

En el centro de África, entre los Mombouttous constituyen las mujeres un verdadero ganado y trabajan constantemente en provecho de sus amos. Los hombres ricos pasan su vida fumando mientras que sus muchas esposas trabajan sin descanso. Entre ambos sexos reina extraordinaria libertad; hay negras antropófagas que tienen tal pasión por el hombre, que á veces lo comen, ya cocido ya crudo : ordinariamente hacen su cocina con grasa humana.

Entre los Bongos, las mujeres y las jovencitas van desnudas, porque no puede llamarse vestido á un simple cinturón formado por una rama delgada provista de sus hojas : por regla general tienen los muslos del grueso del cuerpo de un hombre y no es cosa rara encontrar algunas que pesan más de cuatrocientas libras.

No hay quien ignore que la mujer en estado salvaje es más fea que el hombre. Igual observación puede hacerse en los monos, entre los que la gracia, la agilidad, la inteligencia, se manifiestan generalmente en el sexo masculino; y lo mismo sucede en todas las especies animales con especialidad en la de los pájaros cuyos machos han recibido de la naturaleza, pródiga con ellos, la seducción del canto, y la riqueza del plumaje.

Así pues, no hay subterfugio alguno para impugnar esta afirmación : la mujer ha conservado tan bien ó mejor que el hombre los vestigios naturales de nuestro origen animal. Eva no caminó sobre rosas en el paraíso terrenal, como los pintores nos la representan, por dos razones poderosas : 1ª. porque no ha existido; 2ª. porque en los comienzos de la humanidad no había rosas, porque esta flor como las otras cultivadas, y como el melocotón y la pera, son producto del arte humano.

*
* *

Á pesar de las imprecaciones de San Ignacio y San Antonio, ¿no es para nosotros la mujer actual la obra

maestra más acabada que puede concebirse en punto á cuerpo y á inteligencia? El macaco primitivo se ha convertido en Cleopatra. Sea cual fuere la especie antropoídea de que descendemos, la hembra se ha hecho mujer, el carbón se ha transformado en diamante, y la salvaje deforme y velluda de los tiempos antropofágicos ha generado á Diana de Poitiers. Pues bien, sépase : la mujer debe tal transformación estupenda á ella, nada más que á ella : á la perseverancia de su doble coquetería.

La hija primitiva de la naturaleza ha comprendido que le era posible seducir al hombre por el encanto de su belleza y dominarlo por las atenciones múltiples de un espíritu flexible y delicado : ha protegido su cuerpo contra las injurias exteriores y contra la saciedad de los deseos, y ha podido ver cómo sus formas, rudas al principio, se afinaban progresivamente; cómo su epidermis adquiría más sensibilidad; cómo se blanqueaba su rostro poco á poco hasta adquirir, para ya no perderlo nunca, el albo color del lirio y el matiz delicado de la rosa.

La mama renegrida y prolongada se ha convertido en el seno de alabastro, almohada del contemplador. Á medida que la antigua esclava iba dominando á su amo, hacíase á la vez más vanidosa, más elegante, sin perder jamás de vista ni de día ni de noche, el ideal de sus ensueños : el progreso constante en la belleza. De este modo su cuerpo se purificaba, se idealizaba á medida que su espíritu estimulado por el uso ganaba en fineza exquisita : sus ojos lánguidos y soñadores, reflejando el azul profundo de los cielos ó la cálida luz del crepúsculo de la tarde, adquirían su expresión acariciadora; hacíase la mano más pequeña para contener más seducciones, y sus pies, olvidando la tierra ingrata y grosera, se ocultaban bajo el hermoso busto lánguido que vagamente propendía á las indolencias de la posición horizontal. Cascada de perfumes cayó en las pilas de mármol para bañar sus miembros delicados; extendió el oriente sus muelles tapices y sus cojines de seda; aromas embriagadores se exhalaron de sus cabellos; tejidos flexibles y transparentes rozaron su cuerpo dibujando las delicadas curvas; los espejos multiplicaron su imagen; embelleciéronse las flores para compartir con la mujer su existencia, y la música de alas palpitantes descendió por la noche para mecerla en los sueños más voluptuosos.... Entonces los hombres de mayor piedad adoraron al Creador en su criatura; pero ella, no satisfecha con el éxito alcanzado, pareció á veces desdeñar el incienso para activar aún más el fuego del turíbulo. Vestal infatigable no consintió sobre la tierra más que una divinidad, un altar y una llama, y desde entonces reina para siempre como soberana absoluta en todos los corazones.

*
* *

Durante este tiempo el hombre se ocupaba de las piedras, de los bosques, del suelo, de las nubes y de la política : la mujer no pensaba más que en amar y ser amada : es el amor quien ha hecho tal maravilla esplendorosa. El hombre está á sus pies y la adora.

¿No les parece á ustedes que la encantadora maga ha escogido el papel más simpático?

*
* *

La mujer es en realidad más moderna que el hombre: durante más tiempo que él ha sido animal, y se ha separado con bastante lentitud de sus antepasados de cola prehensil. Su cerebro se ha ejercitado menos también : sin duda alguna, en los tiempos primitivos el hombre la ayudó... á permanecer en la esclavitud, y si ella hubiese tenido que contar con tal ayuda, no se habría emancipado mucho. Pero la delicadeza de sus sensaciones, la fineza de su tacto, su espíritu de observación, verdaderamente simiesco, y las ambiciones simpáticas de su corazón han contribuído á que el papel de madre en la mujer haya quedado pospuesto al de amante : el primero se ha embellecido é idealizado por sí mismo, la mujer ha realizado su tipo y ha usado de mayor rapidez que nosotros en su especial desarrollo. La divina vestal merece todo el incienso que se consume á sus pies. Si algún temor puede aventurarse es el de que, en un día quizás no lejano, acabará por absorber completamente al sexo que ha sabido magnetizar.

Conquista del espíritu es la mujer : ha aprendido á reinar, y en reinar piensa casi por completo de los 15 á los 40 años. Los hombres se creen más elevados, por sus ciencias, por sus negocios, por sus ambiciones. Bueno será que no se descuiden : antes de cien mil años estarán reducidos á la esclavidud y la estrella celeste brillará por encima de su miseria.

VÍCTOR HUGO ASTRÓNOMO.

El genio inmortal á quien París, Francia, la humanidad entera ha hecho espléndidos funerales, vivía en el conocimiento de las cosas celestes y en la contemplación del infinito. Muchos son los genios que han habitado la Tierra sin tener conocimiento exacto de la misma; ignorantes de que nuestro planeta es un astro del cielo; sin tener idea alguna de la constitución general del universo. Esos tales pudieron ser especialistas en determinadas materias, sabios, inventores, artistas, poetas, moralistas, filósofos, etc., etc., pero erraban al pretender remontarse á la síntesis, y por sus juicios escritos que nos quedaron, referentes á los más complejos problemas de la metafísica, se comprende que para ellos el horizonte estaba limitado á las fronteras de su observación inmediata, y que para guiarse disponían tan sólo de una luz incompleta y vaga, suspendiendo toda tentativa de generalización en los comienzos mismos de su desarrollo. Él, Víctor Hugo pensaba como astrónomo, y esta es la causa primordial de la inmensidad de los horizontes que dominó siempre.

Habíase acostumbrado desde su infancia á designar las estrellas por sus nombres respectivos, á conocer sus posiciones en el cielo, á distinguir los planetas